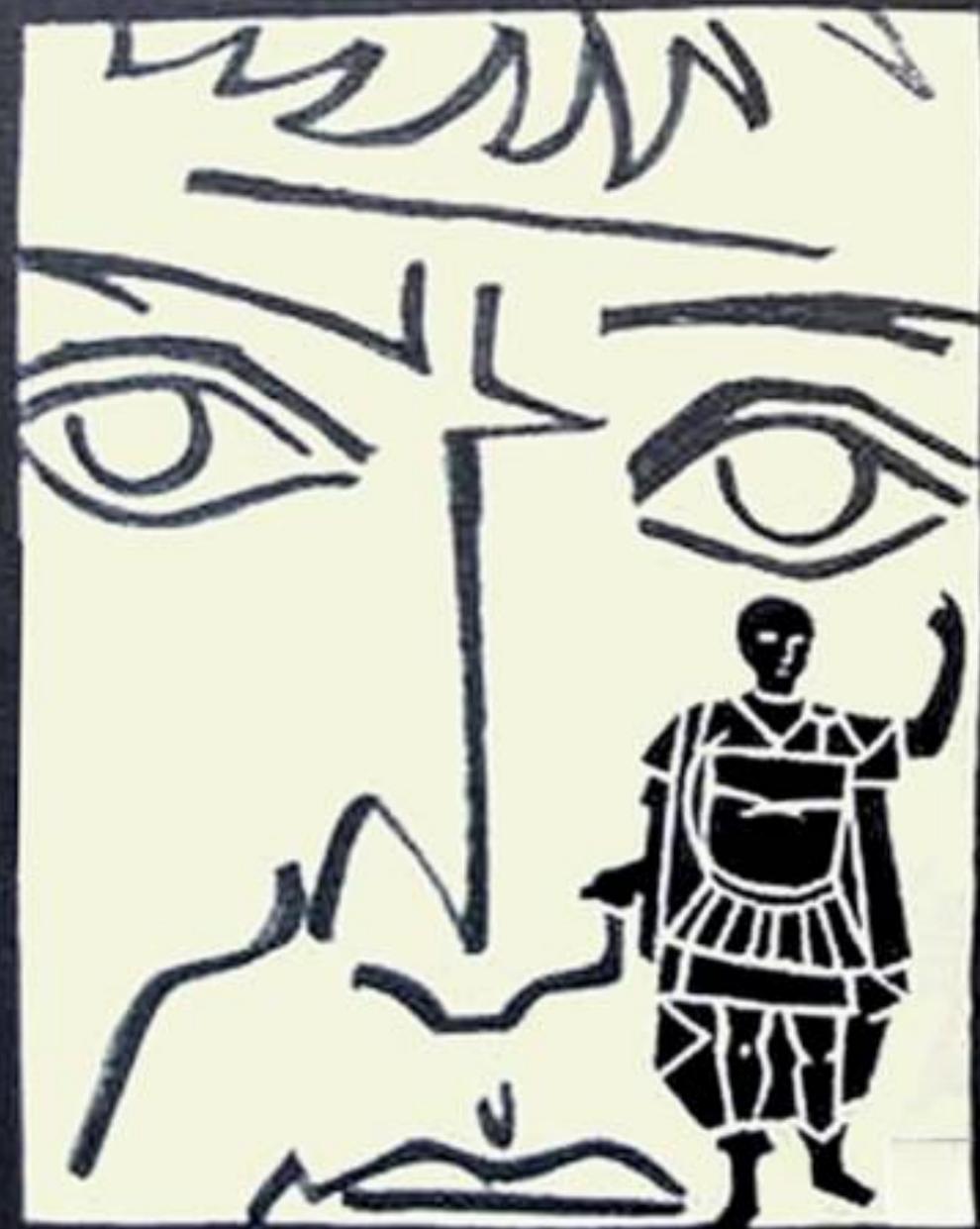


LOS NEGOCIOS  
DEL SEÑOR

BERTOLT  
BRECHT

JULIO CÉSAR



*Los negocios del señor Julio César* es un ejercicio de llevar la acción de finales de los años 60 a.C. a los ojos de un lector de mediados del siglo XX. La sociedad romana que nos presenta Brecht, cronológicamente situada entre la conjura de Catilina y la creación del así llamado «primer triunvirato» (el «monstruo de tres cabezas» en la novela), tiene no poco que ver con la sociedad alemana de la época de Weimar. El César que se nos muestra Brecht es corrupto, insidioso, conspirador, implicado de lleno en la conjura de Catilina, traicionero, etc.

Brecht nos ofrece con su texto una novela ágil, que conjuga diversos registros e incluso géneros narrativos. Una novela corta, que se lee en apenas dos tardes, que engancha y sorprende a partes iguales. Una novela que ahonda en la grandeza (y la miseria) de los protagonistas de la Historia, obligándonos a reflexionar acerca de si lo que se nos cuenta es cómo sucedió... o como podría no haber sucedido. Una novela que permite múltiples lecturas y diversos análisis: ¿una historia de la Roma tardo republicana en clave de materialismo histórico? ¿Una novela sobre canallas y miserables? ¿Una novela del pueblo y para el pueblo?

# Libro Primero

## Carrera de un joven distinguido

El camino que se nos había señalado —estrecho y bastante empinado— ascendía zigzagueante entre los olivares que, a manera de terrazas, descendían hasta el lago sostenidos por pircas de escasa altura. Era una mañana radiante. Debía de ser la hora de la segunda comida de los esclavos, pues no se veía a ninguno en las plantaciones, y de algunas haciendas vecinas se elevaban columnas de humo.

La villa quedó pronto a la vista; parte de ella, por lo menos, se vislumbraba entre los olivos. Estaba enclavada en la mitad de la ladera.

Mientras ascendía volvió a surgir en mí la duda de si el viejo nos permitiría ver realmente los valiosos escritos. Las recomendaciones que portaba mi Sempronio no representaban precisamente una carga. Hubiera preferido verlo sudar bajo su peso.

Como en tantas otras ocasiones en que los esfuerzos — y además los gastos— resultaban muy penosos, me consolé con el pensamiento de que el gran político cuya biografía me había propuesto escribir había creado a sus biógrafos —de modo inconsciente, pero a la vez consciente— dificultades mucho mayores que las de alguno que otro viaje fatigoso. Estaba la leyenda que todo lo desdibujaba. Él mismo había escrito libros para desorientarnos. También había gastado dinero, ¡y no poco! Los grandes hombres se han esforzado siempre por ocultar el verdadero móvil de sus actos.

La villa resultó ser de un solo piso, pero muy amplia. Estaba edificada en un estilo sencillo, muy diferente de las horribles edificaciones de los nuevos ricos de nuestra gran

ciudad. El dueño de casa, que nos recibió en la biblioteca, tampoco guardaba semejanza con nuestros nuevos senadores.

El antiguo alguacil ejecutor y más tarde banquero Mummio Spicer es un anciano alto y huesudo con un rostro algo grisáceo en el que se destaca la fuerte mandíbula. Camina un poco agobiado, aunque no da la impresión de que eso sea síntoma de vejez.

De pie junto a la ventana revisó nuestras cartas de recomendación con extremo cuidado. En la manera de manejar los papeles se reconoce su profesión. Los financistas leen más a fondo que los amantes de las letras. Ellos saben muy bien los inconvenientes que pueden surgir de una lectura apresurada.

Ni un solo rasgo de su rostro de líneas acentuadas me reveló el juicio que le merecían las distintas notas y el valor que le adjudicaba a las recomendaciones. En esa ocasión pensé que las palabras del cuestor imperial Tulio Varro — hombre de gran influencia— habían de ser las que más lo impresionaran. Más tarde, cuando conocí mejor a Spicer, varié de opinión y comprendí que la breve nota del liberto Cavella —que hacía mención a mi experiencia administrativa— era la que había contribuido a que me recibiera favorablemente. Él nunca mencionó el tema. Terminada la lectura me devolvió los papeles en silencio y continuó dirigiéndose a mí en el mismo tono en el que me había hablado al recibirme.

Las cartas contenían en parte alusiones al objeto de mi visita, y el anciano comenzó a inquirir acerca de mis estudios y mis intereses. Sus preguntas eran breves, y recibía mis respuestas sin aprobar ni rechazar. Quiso saber si ya había publicado algún libro. Mencioné mi *Solón*. Me interrogó luego acerca de mi filiación partidaria, a lo que respondí que no pertenecía a ningún partido. Luego encaró —a mi parecer, con bastante impertinencia— mi situación privada, y lentamente fui comprendiendo que su intención era ha-

cerse pagar los datos que pudiera proporcionarme. Debo admitir que esto me sorprendió un poco. La biblioteca en la que estábamos sentados respondía, indudablemente, a una situación económica muy holgada; más adelante comprendí que, en su mayor parte, debía de estar constituida por obsequios. Las distintas obras no guardaban relación entre sí, pero eran obsequios de valor como los que se hacen a un hombre rico. Me constaba también que sus posesiones eran extraordinariamente productivas y su casa — que evidentemente no era barata— podía calificarse de muy modesta en relación a los ingresos que le proporcionaban nada más que las minas de plata de Cerdeña. Mi contacto con él, y por lo tanto mis exigencias, eran de índole puramente científica; de ellas no podía resultar ningún beneficio pecuniario. Realmente, no era lo más usual comprar los recuerdos históricos como quien compra vajilla.

El anciano no pudo dejar de notar mis reservas. Se produjo un pequeño silencio, no muy cómodo. De repente habló:

—¿Qué es lo que usted quiere, en realidad, de mí?

Le dije que se suponía que el diario de Rarus estaba en su poder.

—Ya no lo tengo —dijo con tranquilidad.

Callé nuevamente. Si creía que, después de un viaje de once días, estaba dispuesto a regatear por unos pergaminos como si se tratara de una huerta o de un esclavo, se equivocaba de medio a medio.

Cuando habló nuevamente lo hizo en forma pausada; parecía impertérrito.

—Por otra parte, no va a sacar nada en limpio de esos escritos —dijo—. Creo haber entendido que usted quiere escribir una biografía. Ese diario es algo político.

—Las anotaciones del secretario de un político son siempre algo político, cualquiera sea su naturaleza —dije, ya un poco encolerizado.

—Puede ser —admitió Spicer, clavando la mirada en un ángulo del salón—, pero no las tengo.

Un pequeño esclavo galo entró en la estancia; debía de tratarse del capataz de la hacienda. El dueño de casa le dio instrucciones muy detalladas acerca de la reparación de un acueducto. La conversación con el esclavo —en el transcurso de la cual el anciano no me dirigió ni una mirada— duró más de un cuarto de hora. Luego salió el galo y el señor retomó nuestro tema.

—Además, esas anotaciones no tendrían ningún valor para usted sin algunas explicaciones previas —dijo con voz serena—. ¿Y quién habla de dárselas? Lógicamente, si lo que usted quiere son simplemente un par de intimidades... Pero, dudo de que en ese diario se mencionen siquiera detalles como, por ejemplo, si el señor en cuestión comía pescado en el desayuno y cosas por el estilo que son las que interesan al público. Este Rarus estaba vinculado con el aspecto comercial de las empresas y usted bien sabe que ese aspecto interesa muy poco a nuestros historiadores. No entienden ni jota de negocios. Consideran todo eso como secundario.

—No creo que en el diario solo se hayan registrado los precios del trigo —repliqué.

—¿Y si fuera así? —preguntó el anciano y, si bien su rostro permaneció tan impassible como siempre, creí observar en él un matiz de burla.

—Si así fuera, aun de eso podrían extraerse algunas conclusiones —respondí vivamente.

—¿Ah sí?

Comencé a creer que Spicer pertenecía a esa clase de hombres a los que no les satisface una negociación poco prolongada —así como a la mayoría de las mujeres no les satisface una cohabitación breve— y resolví proporcionarle una bastante extensa.

—Es lamentable que se haya desprendido de esas cosas —dije con tono apesadumbrado—. Después de todo, esta-

ban vinculadas nada menos que con la fundación del Imperio.

Meditó un buen rato antes de volver a hablar.

—Usted considera que si del desayuno del señor X se puede deducir su carácter, también podrá lograrlo sobre la base de su actitud respecto de los precios del trigo. ¿Ha alquilado ya habitaciones por aquí?

Esta última pregunta fue un poco sorpresiva. No sin vacilaciones, le informé que había alquilado una casita junto al lago por todo un mes. Había sido una medida inexcusablemente apresurada, que podía dar lugar a las exigencias más exorbitantes por parte de mi interlocutor.

Mummio Spicer me miró atentamente por unos instantes, luego se puso de pie, se acercó a la pared y con los nudillos golpeó un plato de latón que colgaba allí de un cordel. Aproximándose luego a una hermosa mesa de libros, extrajo una ficha de una carpeta de cuero y, con el dedo meñique, señaló una anotación al esclavo que entró en respuesta al llamado. Reinó completo silencio hasta que regresó el hombre trayendo un cofrecito de fresno bajo el brazo.

El anciano tomó el cofre y, sin mayores precauciones, lo colocó sobre una estantería detrás de su silla.

—Estas son las anotaciones —dijo en tono seco—. ¿Qué valor les adjudica usted?

Reí.

—Son incomprensibles si no van acompañadas de detalladas aclaraciones —dije.

—Además son invendibles sin esas aclaraciones —repliqué Mummio Spicer, imperturbable—. Se las proporcionaré, pero, por supuesto, lo que usted adquiere no es la propiedad de los pergaminos sino el derecho a consultarlos.

—8000 sestercios —ofrecí.

Vaciló.

—Usted ha hecho un viaje de dos semanas para ver esos escritos, ha alquilado una casa por un mes... Dudo de que quiera regresar sin haber logrado su objetivo. 12 000

sestercios es poco dinero; un buen cocinero cuesta 100 000.

Yo estaba irritado. ¡Qué falta de clase la de aquel hombre!

Pero, no; no le daría el gusto de prolongar la negociación.

—Bien —dije brevemente.

—Pero ya le he dicho —expresó con cautela— que en esos pergaminos no hay mucho material para alguien como usted.

—Ya lo ha dicho —admití impaciente.

12 000 sestercios significaban mucho dinero. Ni siquiera sabía si esas anotaciones lo valían. ¡Y para qué hablar de las aclaraciones de mi anfitrión! Yo estaba demasiado irritado para siquiera mentarlas. Sin embargo, evidentemente él daba por sobreentendido que esas explicaciones formaban parte del negocio, pues me invitó a volver esa misma noche.

El gran Cayo Julio César, acerca de cuya vida privada esperaba conocer detalles sobre la base de anotaciones del que fuera su secretario por muchos años, había muerto hacía dos décadas. Con él había comenzado una nueva era. Antes de él. Roma era una gran ciudad con algunas colonias. Él había sido el fundador del Imperio. Había codificado las leyes, reformado el sistema monetario y hasta adaptado el calendario a los conocimientos científicos. Sus expediciones a las Galias —que llevaron la enseña romana hasta la lejana Bretaña— habían abierto un nuevo continente al comercio y a la civilización. Su estatua estaba entre las de los dioses. Ciudades y un mes del año llevaban su nombre, los monarcas lo añadían al suyo propio. La historia romana había tenido en él su Alejandro. Era evidente que él sería siempre modelo inalcanzable de todos los dictadores. A las generaciones menores solo les restaba narrar sus acciones.

Esa era la misión de mi proyectada biografía. Ahora tenía las bases para ella.

Cuando por la noche llegué a la villa del banquero de mi ídolo, ya había adoptado las medidas necesarias para arreglar la parte financiera del asunto. Por la tarde había viajado en la barca hasta la ciudad más próxima y el banco local había prometido examinar sin demora mi carta de crédito. En el transcurso de los próximos días recibiría la suma de 12 000 sestercios.

Mummio Spicer parecía haber estado esperándome para sentarse a la mesa. No bien llegué me condujo a ella. La comida que se nos sirvió era sencilla, y el viejo solo comió un par de higos, disculpándose por su estómago delicado. Sin embargo, se abrió, especialmente para mí, un barrilito de sardinas del mar Negro, bocado este cuyo precio en Roma era de 16 000 sestercios.

Esta hospitalidad tan costosa me sorprendió, lógicamente, después de los penosos sucesos de esa misma tarde. Adelantándome, diré aquí mismo que la generosidad del banquero hacia mí fue permanente durante toda mi estada. Debo de haberle costado varias veces los 12 000 sestercios que le entregué; solo el original manuscrito de los discursos de Hortensio que me obsequió al partir valen mucho más que aquella cantidad.

En esa primera velada, Spicer no entró en el tema motivo de mi visita, salvo algunas vagas observaciones acerca de cómo se escribía la historia, observaciones estas que — por otra parte— eran bastante despectivas. Tampoco se mencionaron los diarios de Rarus; el cofrecito de fresno ya no estaba sobre la estantería.

No pude menos que atribuir estas reservas del anciano al hecho de que yo no había concluido aún la parte financiera de nuestro negocio. Mi irritación aumentó nuevamente. Nos despedimos con bastante frialdad.

A la mañana siguiente recibí el dinero y me puse en camino a la misma hora que el día anterior. El viejo estaba en su biblioteca, dictando a un esclavo. Terminó el dictado mientras yo paseaba la vista por sus libros. Luego recibió el dinero, lo contó y se lo entregó al sirviente para que lo guardara. Su falta de tacto me pareció extrema cuando, inmediatamente después de haber recibido el pago, ordenó al esclavo que trajera el cofre. El cofre llegó. Nuevamente lo dejó, como al descuido, sobre un estante.

El anciano comenzó a hablar con voz profunda y monótona. Lo hizo sin transición, simplemente como si estuviera cumpliendo un contrato.

—Como quizá usted ya sepa, alrededor del año 90 yo era alguacil ejecutor del distrito cuarto. Como tal fueron muchas las acciones que se me confiaron en contra de C.<sup>[1]</sup> que vivía en ese distrito. Había acciones hasta por una sorprendente cantidad de cuentas pequeñas, como de panaderos y modistos. Eso demostraba que su hacienda de la Camnia —que estaba en manos del administrador judicial— ya no estaba en condiciones de proporcionar ni siquiera lo necesario para mantener su mansión de la ciudad; C. era muy conocido por la magnificencia que había desplegado en sus cargos de edil y de cuestor. La gente humilde se deslumbraba ante sus deudas, cuya magnitud se decía que alcanzaba cifras fantásticas. Lo vi por primera vez, si no recuerdo mal, en su dormitorio.

»El modisto le estaba probando una túnica. Recuerdo perfectamente ese detalle pues me impresionó la precisión de sus órdenes respecto del corte del escote. Se expresaba con los términos técnicos de los modistos. No era la primera vez que yo iba a su casa. Habitualmente me recibía su secretario, precisamente ese Rarus. Se había convenido que yo concurriría siempre por la mañana para que no me viera la madre de C., ante la cual todo el mundo en esa casa parecía sentir un temor sagrado. C. mismo, no era el que menos la respetaba. Era una anciana pequeña y amable,

pero sin pelos en la lengua. Más adelante llegué a conocerla muy bien.

»C. habló conmigo con la mayor franqueza. Me señaló, sin asomo de ironía, algunos muebles antiguos de gran valor, y me preguntó si me los quería llevar. Parecía no tener el menor pudor ante su modisto, aun cuando a este lo debieron asaltar las más terribles dudas, respecto del pago de su cuenta, no bien me vio.

»Creo que ya en esa primera entrevista me interrogó detenidamente acerca de las condiciones en que yo vivía. No eran, por cierto, muy favorables. Vivía con mi mujer y seis hijos en una de las casas de Craso, una pequeña construcción de una planta, y me resultaba difícil pagar el alquiler. Casi todas mis conversaciones con él giraban de algún modo alrededor de esas dificultades mías. Me daba sus consejos sentado en una silla que yo tenía la firme intención de no dejar en su poder.

»Lo traté con más frecuencia y puedo decir que me agradaba visitarlo. Ya nunca dejé de tener trato con él hasta su muerte.

Spicer interrumpió su relato. Desde afuera llegaban voces y el ruido de muchas pisadas. La segunda comida de los esclavos había terminado. El pequeño galo del día anterior entró en la habitación. El dueño de casa trazó una enorme S en el libro de órdenes que le presentó el esclavo. A través de la puerta divisé un cielo ligeramente nublado. Los cercos de laurel, plantados como protección, temblaban agitados por el viento. El salón estrecho pero alto, con sus paredes blanqueadas y las simpáticas cajas de cuero para los libros, estaba agradablemente tibio. En el hogar chisporroteaban un par de enormes leños. Paladeé el recuerdo de la sencilla narración del anciano.

Veía con claridad ante mí a Spicer, un Spicer joven pero no muy diferente del actual —la gente como él no cambia

mucho pues ya parecen viejos desde sus mejores años, por el trabajo y las preocupaciones— y al endeudado patricio con su sonoro nombre. Me divertía la idea de que este hombre huesudo, con su mandíbula fuerte, hubiera permanecido estrictamente dentro de los límites de su misión específica a pesar de la familiaridad con que se lo había tratado, y que no se hubiera ido de allí sin llevarse la silla. Recordé mis 12 000 sestercios.

El anciano bebió un sorbo del vino que se nos había servido y continuó:

—Por lo que recuerdo, en esa época C. no hacía absolutamente nada. En su vida había habido un intento de dedicarse a una profesión y de ganar algún dinero. Había sostenido en el Foro dos acusaciones contra altos funcionarios del Senado, por encargo de los clubes democráticos. Eran procesos por concusión y otros abusos de autoridad en las provincias.

»La City pagaba muy bien a los abogados jóvenes de familias patricias por esos procesos. Era la vieja lucha de la City contra el Senado. Desde tiempos remotos trescientas familias se repartían los cargos importantes dentro y fuera de Roma. El Senado era su bolsa. Allí se decidía quién se sentaría en la banca del Senado, quién en la silla curul, quién en la montura del corcel de guerra y quién permanecería en los latifundios. Eran grandes terratenientes, trataban a los restantes ciudadanos romanos como a su servidumbre y a su servidumbre como a la canalla. A los comerciantes los consideraban ladrones y a los pobladores de las provincias conquistadas, enemigos. Uno de ellos era el viejo Catón, bisabuelo de nuestro Catón, que en mis tiempos y los de C. era jefe del partido senatorial. Este Catón ponderaba la legislación del siglo II por la que se obligaba a pagar: al ladrón dos veces, y al que prestaba a interés, cuatro veces lo que había «tomado». Una generación antes de la mía había votado una ley por la cual se prohibía que los senadores practicasen el comercio. La ley llegó demasiado

tarde; pronto se le encontró la vuelta. Con leyes se puede detener cualquier cosa menos el comercio. La ley condujo inclusive a la constitución de sociedades comerciales en las que cada uno de los cincuenta miembros es dueño de la cincuentava parte de un buque, con lo que puede controlar cincuenta buques, en lugar de hacerlo con uno solo. Ya ve usted cuál era la tendencia de esos señores. Eran magníficos generales, muy capaces de conquistar una provincia; pero, eso sí, después de conquistada no sabían qué hacer con ella.

»Pero cuando nuestro comercio salió de pañales y comenzamos a exportar aceite, lana y vinos en gran escala y a importar trigo y otros productos, y especialmente cuando comenzamos a sacar dinero de Roma para hacerlo trabajar en las provincias, los señores mostraron una aristocrática incapacidad de adaptación al nuevo estado de cosas, y la joven City comprobó que a los señores les hacía falta una dirección racional. Como usted comprenderá, no teníamos el menor deseo de cabalgar personalmente sus corceles de guerra, ni de perder nuestro tiempo, que era oro, en mohosos cargos administrativos. Los señores podían seguir siendo, tranquilamente, lo que habían sido hasta entonces, eso sí: bajo la sólida dirección de la City. Comprenderá mejor lo que le estoy diciendo si toma como ejemplo las guerras púnicas. El motivo que tuvimos para ellas fue el mejor que existe: evitar la competencia africana. ¿Pero qué se logró después de todo? Nuestros militares no se apoderaron de los productos y de los ingresos de Cartago, sino de sus murallas y de sus barcos de guerra. No se llevaron el trigo; se llevaron el arado. Nuestros generales decían con orgullo: donde pisan mis legiones, nunca más crece la hierba... pero lo que perseguíamos nosotros era justamente esa hierba... usted lo sabe, de una de esas hierbas se obtiene el pan. Lo que se conquistó en las guerras púnicas con inmensos gastos, fueron desiertos. Esas regiones habrían podido alimentar cómodamente a toda nuestra península, pero

no... Para el desfile triunfal en Roma se les arrebató todo lo que necesitaban para trabajar para nosotros, desde los instrumentos de labranza hasta los esclavos que trabajaban la tierra. A semejante conquista siguió una administración similar. Los gobernadores solo anotaban cifras en sus libros privados. Se sabe que no hay indumentaria con más bolsillos que la túnica de un general; pero, evidentemente, los vestidos de los gobernadores estaban constituidos únicamente por bolsillos. Cuando pisaban tierra natal, los señores producían ruidos metálicos como si hubieran llegado vistiendo armadura de guerra. Cornelio Dolabella y Publio Antonio, que eran las figuras contra las cuales arremetió el joven C. en el Foro, habían cargado media Macedonia en sus barcos.

»De esa manera era imposible organizar nada que pudiera calificarse de comercio. Después de cada campaña había en Roma concursos y quiebras. Cada victoria del ejército era una derrota de la City. Los triunfos de los generales eran triunfos sobre el pueblo. El clamor dolorido que se elevó después de la batalla de Zama, con la que concluyeron las guerras púnicas, era bilingüe. Eran lamentos de los bancos púnicos y de los romanos. El Senado había matado a la gallina de los huevos de oro. El sistema estaba corrompido hasta sus cimientos.

»Todo esto era tema del momento en Roma. En las barberías se hablaba de la proverbial podredumbre del Senado. En el propio Senado se hablaba de la «necesidad de un completo renacimiento moral». Catón el joven veía muy negro el porvenir de las trescientas familias y decidió hacer algo en pro del buen nombre de su clase. A cargo de la gobernación de Cerdeña, se presentaba en las ciudades que estaban bajo su mandato, a pie y acompañado por un único sirviente que marchaba detrás de él, llevándole el manto y la estola de los sacrificios. Antes de partir de España, en donde también había sido gobernador, vendió su caballo de batalla para no cargar al Estado los gastos de transporte